II DOMINGO DE PASCUA A/2008

Un viejo proverbio español dice: “El que con lobos anda a aullar se enseña”. La sabiduría que está detrás de este proverbio expresa la verdad que la gente con intereses o valores similares tienden a juntarse y socializar. Esto sigue siendo una verdad para todos los pueblos en todos los tiempos, como fue para los discípulos en el principio de la Iglesia. La realidad de vivir juntos y el esfuerzo para hacer que la comunidad cristiana viva de sus valores, es de lo que nos hablan las lecturas de hoy.

La primera lectura del libro de los Hechos describe como los primeros discípulos se unieron en una vida comunal. Ellos dedicaron su vida a las enseñanzas de los Apóstoles, para juntos y compartir el pan.

La enseñanza de los apóstoles, que es la continuación de la enseñanza de Jesús, la Eucaristía y la oración son los pilares en los cuales la vida de la Iglesia es fundada. Este fue el caso en el tiempo de los Apóstoles como lo es hoy. Cuando la Iglesia olvide de vivir el Evangelio como el centro de su vida, esta terminará contando a sus miembros historietas en vez de nutrirlos con la palabra de vida. Cuando la Eucaristía no es el centro de la vida en la comunidad, la Iglesia priva a sus miembros del alimento que da la vida eterna y el cual el Hijo de hombre nos dio. Cuando la Iglesia deje de orar, sus miembros perderán la fuerza y se irán directamente a la perdición. Es por esto que el escuchar la palabra de Jesús, y recibir la Eucaristía y la constate comunicación con el Señor a través de la oración debe ser el deseo el que nos haga realizar todo por mantener nuestra fe viva.

La palabra de Jesús, la Eucaristía y la oración dan a la Iglesia un sentido lleno como una comunidad de creyentes. Donde estas condiciones no son tomadas seriamente, la Iglesia se vuelve como cualquier grupo de reunión, o un club de amigos. Por esto, el Espíritu Santo desempeña un gran papel grande en la vida de la Iglesia. Él inspira dentro de la Iglesia los diferentes carismas de modo que sus miembros los puedan poner al servicio de sus hermanos y hermanas, y para el crecimiento de la palabra. Él sostiene la Iglesia en su oración de tal manera que se vuelva en el espíritu de Jesús. Es el Espíritu Santo quién guié la Iglesia en la celebración de la Eucaristía y en cualquier acción ofrecida en el nombre de Jesús.

Todo esto nos ayuda a entender por qué el primer don Cristo resucitado da a sus discípulos es el Espíritu Santo. Donde el Espíritu Santo reina, allí reina la paz.. Jesús quiere que la paz reine en medio de sus discípulos por el poder de su Espíritu. Entonces, él puede decir, "La paz este con ustedes". Lo que Jesús quiere para sus discípulos no es sólo la paz social, pero sobre todo la paz de corazón que nadie puede tener sino se reconcilie con sus hermanos y hermanas, y con sigo mismo.

De hecho, vivimos en un mundo en el cual todas hay toda clase de violencia que amenaza nuestra unidad de la mente y del corazón. Nuestro esfuerzo para vivir juntos como discípulos de Jesús tiene que ir más allá de los sentimientos raciales y discriminatorios. Nuestro deseo por la paz a menudo falla debido al odio y el espíritu de venganza que mantenemos entre nosotros. Sentimos continuamente que necesitamos la paz de corazón; tenemos que reconciliarnos y perdonarnos el uno al otro como también queremos ser perdonados por cosas que hemos hecho.

Es en esto sentido que tenemos que entender la importancia del sacramento de la reconciliación que Jesús da a sus apóstoles en el Evangelio de hoy. En primer lugar, da la orden a sus discípulos para perdonar los pecados, Jesús instituye el sacramento de la confesión. Él da a los apóstoles a un ministerio para ser ejercido en su nombre para el bien de la Iglesia entera. Aun más con este sacramento, Jesús viene a nuestro rescate de la pecaminosidad de modo que contamos con la misericordia de Dios. Sin el perdón de Dios en el sacramento de confesión, estamos perdidos. Esta es la razón por que Jesús da este sacramento para que nos reconciliemos con nuestro Dios, y con los demás y con nosotros mismos.

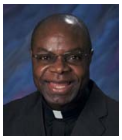
El entendimiento profundo del sacramento de la confesión requiere que volvamos en fe a Jesús quien esta detrás de cada acción que sucede en la Iglesia a través del poder del Espíritu Santo. Sin fe no podemos acercarnos a Jesús y como él nos sana a través de este sacramento. Entonces, las palabras de San Pedro se hacen claras: “A Cristo Jesús no lo han visto y, sin embargo, lo aman; al creer en ahora, sin verlo, rellenan de un alegría radiante e indescriptible, seguros de alcanzar la salvación de sus almas, que es la meta de la fe”.

La fe es creer más allá sin prueba, pero confiar sin duda. La prueba requiere cosas materiales; mientras la confianza requiere de fe. La confianza se justifica solamente sobre la convicción por lo que estoy equivoco si confió en la palabra de testimonio que se me ha dado.

Esto es lo que lo falto a Tomas como oímos en el Evangelio de hoy. Tomas querría ver para poder creer. Él no confiaba en el testimonio de sus amigos que le dijeron que ellos habían visto al Señor resucitado. Para Tomas la fe debería ser probada por hechos a fin de ser creíble. El testimonio dado por sus amigos no tiene el valor de verdad a menos que él experimente la verdad él mismo. Y aún, la resurrección de Jesús, que es la fundación de nuestra fe, no pertenece al reino de prueba, como la gente hace con hechos científicos. Dios tiene que ser aceptado en fe y confianza por que el es fiel a asimismo y no podía abandonar a Jesús en la tumba para siempre.

Por eso el reproche de Jesús a Tomas, "no sea incrédulo, sino cree", es una indicación que la fe es, en primer lugar, una materia de confianza en la palabra de Dios y en el testimonio de aquellos quienes han sido sus seguidores desde del principio. La fe nunca se basa en lo que se ve, sino en la aceptación del testimonio de los primeros testigos de su vida, muerte y resurrección. Necesitamos de esta fe hoy más que nunca. Abramos nuestros corazones al don de fe. Vengamos delante del Señor con confianza y pidámosle que perdone nuestros pecados. Que Dios los bendiga a todos.

Hechos 2, 42-47; 1 Pedro 1, 3-9; Juan 20, 19-31



Fecha de Homilía: el 30 de Marzo de 2008
© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Póngase en contacto: www.mbala.org
Nombre de Documento 20080330homilia.pdf